

Los Cazadores del Otro Mundo: Fruto de Sangre, libro 1

Kristen Cárcamo



# Capítulo 1

## Introducción

Año 2039, corren tiempos hostiles, sentenciados por la oscuridad e incertidumbre. Las siete grandes naciones que gobiernan el mundo son amenazadas constantemente por las sombras de la muerte; seres malignos que caminan en la superficie tratando de ocultar su verdadera naturaleza demoníaca. Los demonios pretenden recuperar su libertad y asimismo tomar el mundo terrenal como su legítimo hogar. "El Inframundo no era el lugar que les correspondía habitar", pensaron un día estos seres inmortales. Entonces, ¿Por qué la humanidad habría de gobernar en la superficie y ellos debían permanecer exiliados en las profundidades de la tierra? Ambas especies han sido en esencia existencias imperfectas. Los cazadores y exorcistas, por otra parte, eran los que se encargaban de mantener la estabilidad entre estos dos reinos. No obstante, ellos no eran más que simples mortales... ¡esperen! En realidad había algo más que los diferenciaba del resto de seres humanos. Los cazadores tienen el don de poder ver a toda clase de seres infernales, sentir las frecuencias oscuras y, por sobre todo, ellos poseen la increíble capacidad de manipular la energía espiritual.

Esta es una época perdida en el tiempo, las garras de la maldad se asoman por el horizonte y arrastran a la humanidad a los delirios del pecado y la destrucción. La inmortalidad y el poder de lo desconocido, parece ser una oferta muy atractiva para aquellos corazones codiciosos. Los pactos demoníacos no son el único delito que deben combatir las autoridades del Otro Mundo; las Puertas del Inframundo se han debilitado y esto ha generado innumerables rupturas en las barreras espirituales que separan a ambos mundos. El equilibrio natural podría perderse en cualquier momento trayendo consigo una guerra y la venida de un nuevo apocalipsis. Los cazadores de demonios han sido siempre los responsables de impedir que eso llegase a suceder, su existencia en el mundo se limitaba a erradicar todo tipo de contaminación demoníaca existente y, de igual modo a evitar el levantamiento del Reino del Dios Demonio. Pero... ¿será que el enemigo es sólo aquel que se encuentra arraigado en las entrañas del Inframundo?

Todavía existen muchas interrogantes sin explicación que siguen rondando por el mundo.

Benjamine Vincentt, no podría alguien tan importante quedarse olvidado en el tintero, ¿cierto? Sin embargo, antes de conocerlo debemos remontarnos a los acontecimientos que hicieron de este personaje el protagonista de nuestra historia.

## Poema de la Creación

*En un día de infinita fertilidad,  
Bajo el cálido manto de Samal,  
Anuti sembró la sangre del traidor en el jardín del Edén.  
Entonces de la tierra germinó el árbol de la vida:  
Primero maduraron las semillas más pequeñas en hombres,  
Luego florecieron las mujeres con brutal belleza y elegancia.  
La humanidad había sido creada a imagen y semejanza del Creador.  
Ellos nacieron de un espectacular brote en primavera.*

## Prólogo: Los Jinetes del Otro Mundo

*Principios del doceavo mes de 2039  
Provincia de Nannar, República de Namasu*

Era una fría noche en los olvidados confines de Nishmana... Una anaranjada media luna flotaba en el estrellado cielo, silenciosa y radiante, describiendo desde el firmamento el austero camino hacia el viejo santuario.

En un estrecho sendero perdido en el sotobosque de Nurkani, el sincrónico y pesado tamborileo de los cascos imperiales de los tres caballos sombríos que amansaban el duro terreno con sus fuertes galopes, resonaban con impetuosidad en el oscuro espacio nativo, provocando una airada distorsión de los sonidos arcanos de la noche.

Los tres jinetes iban a rostro cubierto: con capuchas grandes y embozados hasta la mitad de la cara. Se inclinaban osadamente hacia adelante con las riendas aferradas al pecho con firmeza y asidos al cuerpo del animal como si formaran parte de ellos. Los largos abrigos de los jinetes que flameaban intensamente producto de la fuerte fricción, llevaban grabados sobre el centro de la espalda el distinguido escudo de la agencia a la cual pertenecen.

—«El templo está cerca...»

Pensó con alivio el jinete que iba a la cabeza. Ellos eran agentes, demonólogos profesionales de alto rango enviados por el actual Regente del Otro Mundo, el príncipe Otto-Arjes Bavaria. El joven Otto es el quinto gobernador en sucesión y el miembro más joven de la familia monárquica de los Bavaria-Koppelloff.

Los misteriosos emisarios de las fuerzas especiales del gobierno espiritual habían cabalgado incesantemente por alrededor de un mes, nada podía detenerlos, ellos debían llegar cuanto antes al antiguo templo de Nishmana; uno de los tantos lugares sagrados existentes en la nación de Namasu. Según han narrado los mismos eruditos protectores del templo, éste fue el primer santuario construido en el país destinado principalmente

a rendir tributos a la Diosa de la madre tierra. Muchos historiadores creen que la construcción del mismo fue en el periodo correspondiente al año 1.000, posterior al primer apocalipsis. No obstante, los expertos en ruinas y reliquias antiguas datan su edificación anterior al año 1.000, durante el gobierno del Rey Solsem. Se encuentra situado en las afueras del denso bosque Nurkani y a pocos kilómetros de distancia del imponente Volcán Alkasor.

En los escritos ancestrales se manifiesta que el alma de Nishmana ha habitado en el corazón del volcán desde el momento de la creación y se cree que su alma se confinó por divina voluntad en los límites del Inframundo para mantener viva la pureza natural del planeta. Por esa misma razón, todos los templos que se construyeron posteriormente fueron emplazados a los pies de cada volcán existente a lo largo y ancho de toda la república.

Habían recorrido cientos de kilómetros a galope vivo, sorteando las imbatibles inclemencias del clima que empeoraba cuanto más al sur de la provincia avanzaban. Los agentes no sólo tenían que ser cuidadosos mientras continuaban su travesía, sino que también, debían cargar sobre sus hombros las exigencias de una importante misión secreta: en cierto lugar específico de la Nación de Namasu, los brujos habían mantenido en absoluto resguardo por cientos de años una peligrosa reliquia que ha contenido sellado en su interior el alma de un poderoso demonio. En vista de los terribles acontecimientos que han asolado a la nación en el último tiempo, el gobierno del Otro Mundo debía impedir a como diera lugar que el artefacto maligno pudiera caer en las manos del enemigo, y para evitar que eso llegase a suceder el objeto tenía que ser trasladado a la brevedad posible. El reino terrenal ya no era seguro. Las comunidades demoníacas se han estado agrupando en la superficie, conspirando y preparándose en el sigilo del anonimato para comenzar una revolución contra la raza humana. Estos seres infernales pretenden reclamar la soberanía sobre el mundo y esclavizar a los mortales. Los sabios demonólogos lo habían vaticinado desde tiempos inmemoriales y postulaban a la idea de un nuevo apocalipsis. Otros, por su parte, creían fervientemente en la teoría de un nuevo despertar vampírico y que ello traería consigo el levantamiento de la extinta plaga de los demonios de sangre.

Muchas conjeturas se han formulado en los últimos años a causa de diversos factores preocupantes. Ha habido un constante aumento de fugas masivas desde la Prisión Infernal, grupos demonistas que pactan acuerdos con seres demoníacos, atentados y un sin número de civiles asesinados por estos demonios que sienten la necesidad de alimentarse de la carne humana. Los agentes exorcistas han advertido que la cantidad de energía oscura producida por el incremento de almas corrompidas ha creado fisuras en distintas partes del mundo ocasionando un desvanecimiento considerable del sello que mantiene cerradas las Puertas del Inframundo. Sin embargo, un grupo importante de demonólogos se ha inclinado por las teorías de la existencia de clanes vampíricos; aunque esto les haya significado ser tratados como herejes y locos. Las familias nobles más importantes del país que han sido fieles al legado dejado por sus

ancestros niegan rotundamente esa absurda posibilidad.

Son demonios tabú, existencias inhumanas impuras desterradas al olvido eterno.

Por otro lado, los gobernantes del Otro Mundo ya no tenían tranquilidad, los errores del pasado los atormentaban y temían que la rebelión fuera un hecho real. No cabía duda de que los demonios estaban tramando algo, los incesantes acontecimientos lo pronosticaban y las señales apuntaban a que los ejecutores detrás de todas las desgracias ocurridas en el país podrían ser perfectamente supervivientes de los antiguos clanes vampíricos. Aquel detestable linaje de demonios puros que los antepasados de las familias nobles garantizan haber erradicado de la tierra.

La paz y la guerra. El mundo actual se equilibraba riesgosamente entre esas dos realidades, y las fuerzas que han mantenido en armonía a ambos reinos dependían exclusivamente del éxito o el fracaso de los tres demonólogos enviados por la AICA.

Ellos lo sabían y tenían puesta su alma en ello; llevarían a cabo la misión a como diera lugar. No podían fallar, ningún otro miembro en la agencia tenía conocimiento del plan y el riesgo de que se pudiera filtrar información estaba cerrado a un pequeño círculo del que sería imposible que algún detalle saliera accidentalmente de sus bocas. Nadie anhelaba la guerra y tanto la regencia del Otro Mundo como el gobierno terrenal han trabajado arduamente por conservar la paz a lo largo del tiempo. Norman Blackblood, el canciller; era el intermediario entre ambos mundos y, por consecuencia, él estaba al tanto de todos los movimientos del otro gobierno. Blackblood era un activo defensor de los intereses de la nación y sabía la importancia de llevar un buen trato con los cazadores de demonios.

El secreto estaba seguro.

En el templo de Nishmana los sacerdotes acogerán a los enviados por esa noche. Permanecerán allí hasta el amanecer y luego, con los primeros rayos de luz, un sacerdote los guiará hacia el sitio en donde los brujos tenían oculta la reliquia.

Todo estaba perfectamente predispuesto para realizarse sin complicaciones.

Por un momento, cuando habían atravesado los primeros kilómetros del oscuro bosque; el jinete que encabezaba la caravana sintió repentinamente la perturbación de otras energías rondando en las cercanías. Se trataba de presencias casi imperceptibles, sutiles rastros que, sin importar cuán rápido cabalgaran, estos seguían estando a la par con ellos. El demonólogo no conseguía deshacerse de un mal presentimiento, estaba allí en su cabeza al igual que todos sus temores. No obstante, se los guardó para sí, pensando en que tal vez sería producto de la fauna autóctona y de la energía natural propia del bosque. Estaban cada vez más cerca del macizo volcánico, las violentas ráfagas de viento cordillerano les cristalizaron los ojos, pronto estarían fuera del sendero y finalmente llegarían al templo sagrado de Nishmana. Una vez allí, no habría fuerza oscura que pudiera interferir.

De repente, una nube gris cubrió a la luna, el último tramo del camino se ensombreció, algo había cambiado el sentido de la brisa nocturna y en ella, ahora se podía percibir un delicado aroma dulce y metálico.

¡Sangre!

Debían salir de allí, aquellas presencias se volvieron una amenaza latente, estaban siendo acechados por ambos lados del sendero y se lanzarían a matar en cualquier momento.

—¡Nos están alcanzado! —advirtió de un grito el sujeto que iba último.

—¡Dimitri! —arguyó el demonólogo que comandaba la expedición.

El agente que iba en medio extendió sus brazos hacia los costados, mantenía un equilibrio perfecto y sin dificultad continuó galopando en esa posición mientras sostenía en cada mano una pistola espiritual de estilo clásico: dos modelos San Andrus de quinta generación. Él era un exorcista, y uno muy bueno. En la actualidad, el poseedor de cualquier tipo de arma de ese calibre era considerado un verdadero genio, ya que se requería cumplir con cierto nivel de poder espiritual para utilizarlas. El demonólogo esperó a que la nube terminara de pasar, se concentró por un instante y, cuando la luz de la luna volvió a descubrir el sendero, simultáneamente tiró del gatillo.

El ruido sordo del disparo generó un minuto de letargo, y segundos después, el destello producido por el impacto convirtió brevemente la noche en un halo de luz trazado entre el cielo y la tierra.

Las sombras se dispersaron al instante.

Un coro de aullidos se extendió hasta la cima del Volcán Alkasor. Los finos caballos blancos de la guardia imperial perdieron por completo el sentido debido a la excesiva liberación de energía espiritual. El final del camino estaba cerca. Entonces, repentinamente los demonólogos saltaron desde las monturas un poco antes de salir del sendero boscoso, y luego, cuando sus pies tocaron tierra desplegaron sus escudos espirituales para detener a los tambaleantes caballos y así evitar que resultaran heridos.

—Sé lo que son esas criaturas, aquello no fueron aullidos... —arguyó un demonólogo en Korsá antiguo.

El silencio y la soledad del lugar tomaron protagonismo.

Los tres jinetes al fin se encontraban postrados a los pies del Volcán Alkasor y, erigido sobre su ladera, los restos de la entrada al viejo templo de Nishmana. Un largo camino de pilares ruinosos, maleza y escombros guiarían a los visitantes hacia la capilla principal, allí es donde estarían dos sacerdotes esperando por ellos.

Dejaron que los inquietos caballos se marcharan del lugar. El peligro se respiraba en cada partícula de aire. Se miraron a través de la oscuridad y asintieron. El demonólogo que anteriormente había utilizado las armas de exorcismo se aventuró primero; caminó sigilosamente hasta quedar alineado en medio de los dos pilares principales que daban la bienvenida a los visitantes. No hizo nada más que quedarse allí de pie como si estuviera meditando, mientras que los otros dos agentes aguardaban de más atrás. Pasados unos segundos, el exorcista hizo una señal con la mano para continuar.

Eso bastó para que los otros dos cazadores comprendieran que el templo

estaba desprovisto de cualquier sistema de protección espiritual. Echaron a andar con normalidad. El ruido seseante del pasto seco y la molesta maleza bajo sus pies, hacían más evidente sus presencias en el abandonado lugar. A pesar de que el templo fuera deshabitado luego de la erupción del volcán en el año 2019, los sacerdotes seguían utilizando secretamente las instalaciones subterráneas con fines investigativos y como refugio en situaciones de emergencia. Bajo estas circunstancias no sería raro sentir la ausencia de vida en los alrededores, sin embargo, mientras más se acercaban a la capilla el metálico aroma de la sangre viciaba todo el entorno.

—Oye, Markus —murmuró el demonólogo que iba al lado izquierdo—. Los sacerdotes no practican los sacrificios humanos, ¿cierto?

—No lo sé, pero... tengo un mal presentimiento. Algo ocurrió aquí y deduzco que no pasó hace mucho —respondió el sujeto del otro extremo.

—Ahora lo averiguaremos —agregó después el exorcista en tono serio. Se detuvieron al pie de los anchos escalones de piedra erosionada que conducían a la capilla, miraron en rededor en busca de rastros, pero no había nada más que escombros, ruinas al borde del colapso y aquél inquietante aroma a sangre que parecía intensificarse cuanto más avanzaban.

—Hay que entrar, están ocultos en la capilla —afirmó Markus en tono sañudo—. Casi puedo sentir la repugnancia dentro de mis fosas nasales...

—procedió a quitarse el fino guante de cuero de la mano derecha, tirando de los dedos de uno en uno. Un anillo plateado brilló en la oscuridad y las pequeñas incrustaciones de jades que lo complementaba por los bordes emitían un cálido resplandor azulado.

—¡Azariel! —exclamó, llamando a su espíritu guardián y, tras haberlo convocado, hizo girar su anillo en su dedo y luego se lo arrancó de un solo tirón.

Una electrizante energía espiritual se liberó en el mismo instante en que el anillo se separó de su portador.

En la mano del cazador aparecieron manchas negras formando extraños patrones ancestrales, mientras que la sortija apenas fue retirada de su lugar, transmutó instantáneamente adquiriendo la forma de una formidable guadaña plateada, y cuya afilada hoja, simulaba una enorme garra de dragón metálica.

Los otros dos agentes hicieron lo mismo, y de igual modo, en el instante en que retiraron el sello de sus dedos, los anillos se convirtieron en poderosas guadañas.

—¡Nishkiel!

—¡Samiel!

Asidos a sus armas mata-demonios, los tres agentes de la AICA, uno al lado del otro, ascendieron a paso firme los empinados escalones que conducían a las puertas de la capilla principal. Con arrogante rapidez y sin vacilar ni por un instante llegaron al borde de la entrada.

—Dimitri, ¿ves algo? —inquirió Markus cuya voz retumbaba en el vacío.

—Nada en lo absoluto, el lugar está limpio —respondió el sujeto que estaba en medio.

—El templo fue profanado —sentenció el tercer demonólogo en voz baja—. Eso explicaría la inexistencia de los sistemas de seguridad básicos en todo el perímetro. No es normal.

—Estoy de acuerdo —concedió Dimitri—. Los santuarios, sin excepción, están protegidos con poderosas barreras espirituales creadas por un grupo calificado de exorcistas. Pero aquí, al parecer ya no hay protección contra los demonios ni espíritus malignos, y eso me hace pensar que, los perpetradores primero se dieron el trabajo de buscar e investigar a cada uno de los exorcistas que protegían este sitio para luego asesinarlos.

—Bueno, eso tiene sentido, lo planearon muy bien —comentó Markus mientras avanzaba con aire despreocupado hacia las formidables puertas de la capilla—. Entonces veamos qué clase de monstruosidades se esconden allí dentro. ¡Apártense!

—No te excedas, Markus... el lugar ya está lo bastante deteriorado como para agravarlo aún más —espetó Dimitri con preocupación.

El demonólogo pareció no prestarle mucha atención a las palabras de su compañero y entonces simplemente prosiguió a su modo: ladeó un poco su cuerpo mientras equilibraba la guadaña por encima de su cabeza, sonrió con malevolencia, y con un rápido movimiento casi imperceptible, una poderosa fuerza invisible arremetió destructivamente contra las pesadas puertas de acero de la capilla, empujándolas hacia el interior y provocando que éstas salieran despedidas de los oxidados goznes que las retenían en su lugar.

Dimitri suspiró profundamente.

Se oyó el duro impacto del choque en el interior, seguido de un estruendo provocado por un derrumbe que levantó una fuerte ventolera de polvo y escombros que se diseminó hacia el exterior, trayendo consigo el repulsivo hedor putrefacto que se mantenía sellado dentro de la capilla. Era el aroma de la carne en descomposición mezclada con sangre seca, moho y orina.

—Apostaría cincuenta monedas de oro a que las puertas se clavaron en la estatua de Nishmana —dijo Dimitri mientras hacía una sentida reverencia dirigida a sus pies, en honor a la Madre de la tierra.

—Nunca mide la potencia de su energía espiritual —arguyó el otro demonólogo e imitó a su compañero Dimitri.

—Todo este lugar apesta —masculló Markus, asqueado, mientras se asomaba por el oscuro y destrozado umbral del que aún se desprendían trozos de material—, y está corrompido hasta las raíces de la tierra. ¡Andando!

Penetraron a través de la ruinoso entrada, con cautela avanzaron a ciegas entre los escombros, las dóciles pisadas de los tres agentes comenzaban a delatar algunas texturas que no pertenecían a ningún material desprendido de la edificación. Sin embargo, la atmósfera contaminada ya les había dado una clara advertencia de lo que encontrarían más adelante. De repente, un fugaz sonido abstracto los detuvo en medio de la penumbra. La luz lunar que atravesaba por los vitrales de los costados de la capilla escasamente alcanzaba para vislumbrar sombras y siluetas estáticas. No se movieron mientras los ojos se les adaptaban a la falta de

luz, se aferraban a sus guadañas y agudizaban los sentidos con el fin de poder percibir hasta la más mínima señal de vida en el interior, ya sea humana o demoníaca.

—Las criaturas del bosque están cerca, merodeando los terrenos. Puedo sentir su reprimido instinto asesino —dijo Dimitri en tono de preocupación—. Es como si estuvieran esperando...

—Esto era una trampa desde el comienzo, de eso estoy seguro —espetó Markus en tono severo.

Y en respuesta a lo dicho por el demonólogo, una exacerbada risa enfermiza le erizó la piel y provocó que los músculos se les tensaran a causa de la repentina energía oscura que inundó el lugar.

—¡Hay que quemar el templo! —exclamó Dimitri al tiempo que su guadaña desaparecía y, en su lugar, desenfundaba las dos armas de exorcismo.

¡Demasiado tarde!

¡Miserables humanos!

¡No podrán detener el retorno de la Reina!

La aterradora voz fantasmal parecía llenar cada espacio del santuario y bajo la oscuridad demencial de la cúpula, sobre las cabezas de los demonólogos, cientos de puntos rojos se encendían en forma consecutiva y sistemática: comenzando desde el centro hasta los bordes mohosos del domo. Una lívida luz rojiza se proyectaba retorcidamente en el interior, concediendo a los agentes unos cuantos minutos de preciada nitidez. Estaban siendo observados por los sangrientos ojos impúdicos de los esclavos vampíricos.

La capilla se había convertido en un criadero de demonios chupasangre y los sacerdotes fueron el festín de cada noche. Sólo dejaron los huesos y las entrañas esparcidas por cada rincón y encima de los restos desmembrados de las estatuas de Nishmana.

La presión demoníaca era tan sofocante que ni las ratas carnívoras se atreverían a entrar allí.

Dimitri tenía un pie puesto encima de lo que parecía ser un intestino.

—Con que aún seguían existiendo, ¡malditas alimañas! —espetó Markus, volviéndose a mirar hacia la entrada—. Me pregunto si las presencias malignas del bosque también son vampiros...

—Markus, Alexander —terció Dimitri—. Purificaré éste templo.

Los dos agentes asintieron inexpresivamente y echaron a correr fuera del santuario. Las criaturas demoníacas emitieron un sonido similar al que producen las serpientes y luego, simplemente se dejaron caer sobre el demonólogo.

—Jamás subestimen a un exorcista —murmuró Dimitri con enfado, alzó los brazos hacia la lluvia de demonios que se precipitaba sobre él y sin que se le oyera decir nada, presionó de ambos gatillos al mismo tiempo. Irrumpió en el cielo el estruendo de un trueno que generó un fugaz destello en el interior del templo.

Dos destructivos torbellinos de llamas azules emergieron de las armas del exorcista y ascendieron instintivamente hacia la cúpula, devorando a cuanto ser demoníaco intentara descender o escapar de ellas. El techo de

la capilla ardió rápidamente envuelto por el fuego sagrado, mientras que los esclavos vampíricos eran calcinados lentamente por las llamas vivas que los consumían hasta las cenizas.

—Al menos sus restos servirán de abono para que el fuego purifique esta tierra infectada —dijo Dimitri con pesar, luego se giró hacia la entrada y se encaminó fuera de la capilla. Descendió tranquilamente los escalones del templo, cargando justo detrás de él, una voraz avalancha de llamas azules que lo seguía tragando todo a su paso.

Markus y Alexander, con las guadañas puestas al hombro y postura despreocupada, contemplaban con asombro desde la linde del bosque el conmovedor espectáculo que su compañero les ofrecía. Las ruinas del viejo templo poco a poco fueron sepultadas por el intenso fuego fatuo.

—Y después dicen que soy yo el exagerado... —musitó Markus con sorna y dejando escapar una risa corta.

—Bueno, el muchacho aporta con lo suyo. Además, no tenía idea que Dimitri fuera capaz de invocar semejante purgatorio —observó Alexander con admiración—, yo en cambio, nunca he conseguido encender una fogata en lo que llevo de vida.

—No cualquiera se convierte en exorcista, mi viejo amigo.

—Es cierto —confirmó Alexander levantándose un poco la capucha para poder apreciar mejor la infernal y devastadora escena—. ¡Hey! Dimitri, nos acabarás incinerando junto con el bosque y el volcán.

—Las llamas sólo se alimentan de todo aquello que haya sido corrompido por la oscuridad, mientras tu alma permanezca intacta, no serás alcanzado por ellas —aclaró el exorcista, al tiempo que el fuego a su espalda se desvanecía llevándose consigo los restos del antiguo templo. Una profunda depresión quedó expuesta en su lugar.

—¡Vaya! —exclamó Markus—, la extensión del templo llegaba hasta bastante abajo.

—Desdichados sacerdotes... —terció Alexander haciendo un gesto de recogimiento.

—Estaban contaminados, al igual que ellos y otros más que, lamentablemente fueron la cena de esas criaturas —comentó Dimitri, caminando pausadamente hacia los límites del silencioso bosque, y estando de pie allí, frente a la negrura de la extensa zona forestal, convocó otra vez su arma caza-demonios—. Ellos siguen allá, esperando y ahora nos observan con determinación.

—Sí, puedo sentir sus asquerosos ojos deseosos de sangre escabullidos tras las sombras —dijo Alexander, empuñando éste su guadaña junto a Dimitri.

—¡Excelente! Hora de cazar a esos engendros demoníacos —añadió Markus con evidente emoción en la voz y dando un paso al frente, como queriendo provocar a las criaturas que se ocultaban a escasos metros de ellos.

Pasaron exactos cinco segundos en que ninguno de ellos respiró ni movió músculo alguno, cuando, de pronto bandadas de cuervos volaron despavoridos sobre sus cabezas, algo maligno y poderoso se movía hacia ellos. Lo sentían en el aire. Markus retrocedió un paso instintivamente,

una gélida brisa recorrió sus espaldas y, fue entonces que de la abismal penumbra del bosque, unos ojos índigos y bestiales surgieron al resplandor de la luna.

No tenían forma humana.

Un gruñido bestial y despiadado evocó los horrores connaturales del Inframundo y en los cristalizados ojos de los agentes, se plasmó la animal sonrisa de la muerte.

Markus descubrió su rostro y se despojó de su abrigo. Una extensa cabellera negra quedó expuesta a los arrebatos del viento, no había miedo en la sombría expresión del demonólogo, al contrario, parecía disfrutar el momento y en la piel se le acentuaban los misteriosos estigmas que conformaban los ininteligibles patrones de una posesión espiritual. Una habilidad avanzada que sólo los más expertos cazadores podían llevar a cabo con éxito.

—¡A matar demonios, Azariel! —exclamó el hombre a viva voz, como un grito de guerra...

En las tierras de Nishmana, sobre los acrisolados cimientos que cobijaron el antiguo templo se vivió una encarnizada y extenuante batalla espiritual.

Aquella noche, mantener la paz y el equilibrio de los mundos, se convirtió inesperadamente en una lucha campal por sobrevivir al mortal encuentro con demonios de sangre pura.

Y todo habría acabado para cuando despuntó el tercer amanecer.

## **Capítulo Uno: La Mnación de los Brujos**

*Mediados del doceavo mes de 2039*

*Ansansa, Provincia de Horzar*

Un cegador destello titilante irrumpió en mitad de la fría y oscura noche en las cercanías del puerto viejo de Filak; ubicado en el extremo sur de la República de Namasu. No se oía ningún ruido excepto los siniestros susurros de la desgarradora brisa nocturna. A orillas del mar, una fulminante llamarada alumbraba un desvencijado puente de madera que se erigía sobre las aguas como un misterioso sendero flotante. Cuando el fuego finalmente se extinguió, quedaron al descubierto tres siluetas, las que de algún modo, resaltaban bajo la tenue luz de la luna llena.

—¿Es aquí? ¿En medio de la nada? —cuestionó una voz incómoda y levemente distorsionada.

—Sí, está ante nuestros ojos —dijo una segunda voz, masculina y con un siniestro tono cautivador—. Les mostraré el verdadero camino.

El hombre alto y de inusual voz seductora se acercó un poco más a la orilla, una mano pálida se asomó por la larga manga del abrigo; extendió su dedo índice en la penumbra y de la nada se encendió una llama en la

punta de este, como si el soplar de la brisa la hubiese generado, luego el encapuchado alumbró hacia el viejo puente de madera para asegurarse de que no hubiera ningún guardián custodiándolo. Entonces, el sujeto inclinó la mano, apuntando al suelo y la llama cayó producto de la gravedad como una gota de fuego. A continuación, las llamas se propagaron con rapidez a lo largo de todo el puente, develando consigo un singular sendero ardiente que se adentraba mar adentro, por encima de las nebulosas aguas de la costa de Kerkov.

—Sígueme en silencio y no se detengan por nada —ordenó el mismo sujeto, esta vez, en tono tácito.

Los tres encapuchados se encaminaron de inmediato a través de las ardientes llamas que envolvían al viejo puente, con pasos rápidos y firmes. Era de madrugada, pero el lugar parecía estar desprovisto de vida, no zumbaba ningún insecto y en la inquietante oscuridad que los rodeaba, las sombras cobraban vida y se contorsionaban de formas extrañas al ritmo de los efímeros sonidos de los elementos. Conforme avanzaban, el fuego a sus espaldas se apagaba con el soplar del viento, dejando una estela de humo y penumbra a su paso.

—La presencia de magia oscura se hace cada vez más fuerte —comentó una mujer, de voz apagada y con un distinguible acento marcado.

—¿No es obvio? Este es el territorio de los brujos —respondió el tipo de voz gutural.

En el cielo, las nubes amenazaban tormenta, la marea comenzaba a agitarse y la insistente brisa parecía confabularse con los destellos de los relámpagos que les daban la bienvenida a una pequeña isla. Apenas tocaron tierra el puente de madera se esfumó junto con el fuego y se encontraron delante de un elegante portón de hierro forjado cubierto por enredaderas y tulipanes. La presencia de los visitantes hizo encender de la nada dos antorchas que custodiaban solemnemente la entrada.

«Mansión Valverde», decía en un rótulo de madera nativa clavado a una estaca del mismo material y enterrada a un costado cerca de la orilla.

—¿Y ahora qué? ¿No debería estar alguien esperándonos aquí? —murmuró el mismo sujeto de voz tétrica, manifestando un sutil deje de impaciencia.

—¡Silencio! Skalov —lo cayó la voz tosca del otro tipo—. Te lo advierto, no abras la boca mientras estemos allí dentro... ¿entendido?

El hombre llamado Skalov respondió con un quejido de molestia y luego enmudeció.

—Mi señor —arguyó la mujer—, hay que ser breves, no contamos con mucho tiempo. La central demonológica de la capital no tardará en intentar contactar a los sacerdotes del templo...

—Sí, lo tengo claro.

Luego vino una breve pausa, y tras ella, con un fuerte chirrido el portón se abrió a sus anchas, invitándolos a entrar. Los encapuchados no se entretuvieron y continuaron avanzando a través de un oscuro sendero tupido por una hilera de imponentes álamos que adornaban ambos lados del camino y describían el cerrado ascenso a la Mansión. Sin mediar palabra ni contacto visual entre ellos, caminaron cuesta arriba por el

sombrío y precario caminito de tierra. Pasados unos minutos, un violento rayo irrumpió en las alturas generando un tímido resplandor que por algunos segundos develó las primeras gotas de lluvia. Luego, cuando finalmente habían llegado a lo más alto del sendero, la luz les alumbró de golpe. Se encontraban ante la majestuosa Mansión Valverde o «La Mansión de los Brujos» como era popularmente conocida en épocas remotas.

El mismo sujeto alto quien daba la impresión de ser el que comandaba al grupo se acercó con sigilo a la Mansión, subió por los escalones de piedra y se detuvo delante de una amplia puerta de roble tallada. La intensa luz de los faroles de la entrada que, ahora cubrían por completo al misterioso hombre, dejó entrever la fina y delicada terminación de su rostro: tenía labios delgados y su piel blanquecina parecía estar hecha de una suave capa de porcelana. El hombre levantó su brazo para alcanzar una manilla de acero y llamó a la puerta dando tres golpes consecutivos. Esperó paciente mientras sus colegas observaban en silencio en la retaguardia. Luego de un rato, se escuchó que alguien sollozó detrás de la puerta y ésta se abrió. Un elegante duende verde, de pequeño sombrero y bastón, estaba parado en medio del umbral.

—Bienvenido, señor —saludó con cortesía.

El hombre se quitó la capucha con parsimonia y ésta cayó hacia atrás con tardío efecto, señalando como si fuera la punta de una flecha a la peculiar insignia que había en la parte posterior, y que tenía bordadas las iniciales «AICA», abreviación oficial que recibe la Agencia de Inteligencia y Control de Almas del Otro Mundo. El sujeto tenía una larga cabellera rojiza que llevaba recogida con delicadeza por detrás de sus pequeñas orejas y que le llegaba hasta la mitad del torso. El hombre poseía un encanto inigualable, un aura de extravagante belleza y poder; aunque nada podría ser más cautivador que aquellos ojos color Calipso que parecían hipnotizar con un simple contacto visual. El pequeño duende, una criatura mágica, vaciló por un instante ante su mirada embrujadora.

—Soy Markus, Markus Salamanska —dijo mientras se inclinaba un poco, reverenciando gentilmente a su interlocutor.

—Mi amo lo espera, señor Markus —respondió el duende, haciéndose a un lado para dejarlo pasar.

—¡Gracias! —murmuró el agente y entró a la Mansión. La mujer y el otro tipo llamado Skalov lo siguieron en silencio y sin descubrir sus rostros.

El holgado vestíbulo de la Mansión se extendía como un largo pasillo, el cual estaba perfectamente iluminado por los candelabros de cristal que pendían del techo con prestancia y, que de cierto modo, contrastaba con la frívola construcción de piedra roja y mármol. El duende los guió por el álgido corredor lo más rápido que su pierna coja le permitía, apoyándose cada poco en su bastón para no perder el equilibrio. Las paredes estaban recubiertas por retratos que parecían estar ordenados cronológicamente, decorando con suntuosidad todo el pasillo. Luego, más adelante, al final del corredor había una escalera, ésta también hecha de piedra con forma de espiral y que conducía a la planta alta.

El duende de pronto se detuvo, volvió a mirar a los agentes y se dirigió a

Markus con voz compungida:

—Me temo que esta vez no podremos utilizar el salón principal como de costumbre —comentó—. El amo los recibirá en su habitación de descanso...

—Ah, comprendo. Puedo preguntar, ¿qué ha ocurrido? —inquirió el tipo pelirrojo, en tono condescendiente.

El duende se frotó la frente mientras resollaba al recordar lo sucedido.

—Problemas domésticos, mi señor, uno nuevo cada día —refunfuñó.

—¿Problemas domésticos? —repitió Markus.

—Sí, la mascota de mi amo, esa criatura salvaje... ha enloquecido por completo —sollozó el duende con desdén—. Y claro, yo como siempre debo estar recogiendo sus inmundicias. Ya no tengo tiempo para realizar otros quehaceres y no he podido cuidar del jardín como se debe ni mucho menos tomar el té o leer. ¡Es un desastre!

—...Ya veo, aunque no imagino qué criatura podría causarle tanto pesar

—observó Markus, curioso.

—Su nombre es Nanishka, un obsequio enviado por la comunidad de brujos del norte.

—Oh, intuyo que se trata de alguna variedad de gato exótico... si ese es el caso, debo decir que soy amante de los felinos y quizá pueda ayudarle con algunos consejos prácticos —insinuó Markus con una amabilidad intencionada.

El duende rió con nerviosismo mientras miraba alrededor por si acaso algo o alguien anduviera por ahí merodeando.

—No, mi señor. No se trata precisamente de un gatito exótico. Es una Kimera —murmuró—, realmente no sé cómo consiguieron los brujos a esa criatura tan horripilante...

—¿Una Kimera? —repuso Markus, temiendo haber escuchado mal. La misteriosa mujer y Skalov que estaban dos pasos detrás de él, se rebulleron con desagrado.

—Sí, mi señor, pero confío en que usted no comentará nada de esto con sus superiores de la agencia o mi amo podría estar en problemas; usted mejor que nadie que... es ilegal —afirmó el duende en tono de súplica.

—No se preocupe. Su secreto está seguro —dijo Markus en voz baja—. Siempre y cuando la mantengan controlada y no ponga en riesgo la seguridad de los demás habitantes de la región —agregó después, en tono serio.

—Sí claro, en cuanto esa cosa deje de verme como su alimento, estoy seguro de que ya no será un problema —Pensó el duende en voz alta—. Ahora síganme ya estamos por llegar y el amo debe de estar muy ansioso.

—¿Qué clase de animal querría comerse un duende...? —se preguntó la mujer en tono serio.

Subieron por los toscos y pulidos escalones de piedra hasta la segunda planta. El duende que seguía quejándose en voz baja, les indicó con la punta del bastón el camino y torcieron a la derecha por otro largo pasillo; en el fondo, y al igual que en la entrada principal había otra magnífica puerta de roble tallada.

—Bien, ya estamos aquí —dijo el duende, acercando el bastón a la puerta y con un sutil toque, esta se abrió.

El interior estaba abarrotado de brujos, todos y cada uno de ellos con una clara expresión de hostilidad, sin contar al anciano jefe cuyo rostro desbordaba sufrimiento y angustia. Junto a él, lo acompañaban dos brujos más jóvenes, mientras que el resto estaba disperso en el espacioso salón que tenía un par de butacas en el centro; una ocupada por el anciano y las otras por algunos miembros posiblemente de su familia. También había algunas esculturas de criaturas mitológicas de yeso en las esquinas y, por supuesto, más retratos.

—¡Adelante! Pasen, pasen por favor —se oyó la voz desgarrada del anciano al tiempo que se levantaba con dificultad para recibirlos.

Los agentes asintieron, la congregación de brujos siguió con una mirada de desconfianza a los invitados; se podía respirar un aire cargado de incertidumbre y austeridad. Ninguno de ellos hizo ni el más mínimo gesto de saludo. La puerta se cerró con lentitud y la habitación quedó sellada bajo un acérrimo silencio. Fueron segundos eternos de respiraciones controladas y miradas sombrías. El veterano patriarca, en cambio, se aproximó con estrépito hacia los agentes, inclinó su cabeza y luego se dirigió al único agente que no traía puesta la capucha:

—Mi señor, hemos estado aguardando por su tardía llegada... espero que los asuntos que retrasaron su venida se hayan solucionado para bien

—dijo el anciano, preocupado—. Aquí en la comunidad no hemos tenido ni un día de tranquilidad desde que recibimos la carta mensajera del actual regente del Otro Mundo firmada con el sello de aprobación del Quinto Emperador —el brujo hizo una pausa, los labios le temblaban, inspiró hondo y continuó—: ¿es verdad? ¿Piensan trasladar ese artefacto al Otro Mundo?

Los otros miembros que se hallaban reunidos en el salón murmuraban discretamente unos con otros, había una vívida expresión de miedo en sus rostros.

—Sí, las indicaciones del Emperador fueron explícitas y nuestro Regente convino en que sería lo más adecuado para mantener la seguridad de nuestro mundo —Los ojos del anciano Brujo se desorbitaron por un instante—. No comprendo por qué el asombro...

—¿No lo entiende, joven agente? —la voz del anciano se elevó con histerismo—, mi señor... esas criaturas demoníacas están allá fuera, los horribles asesinatos han ido en aumento y creemos que es muy probable que estén buscando ese artefacto maligno. Piénselo mi señor, sacarlo de aquí podría ser demasiado peligroso.

—Lo sabemos. Sin embargo, el emperador no piensa de igual modo. El mundo terrenal se deteriora cada día, ya no hay lugar seguro aquí, ellos perfectamente podrían encontrar este lugar y eso, mi estimado colaborador, no lo dude ni por un instante —aclaró el agente con un leve tono sugerente.

—¿Qué quiere decir con eso? —interrumpió un brujo que estaba sentado en una de las butacas—, ¿será que acaso... la comunidad demonológica ya no confía en nosotros?

De pronto, todos enmudecieron, la mirada de los presentes se concentró por un segundo en el joven de ojos cansados y prominente nariz torcida. Tenía un fulminante tono acusativo; sin embargo, la brutalidad de las palabras no tuvo efecto alguno en el agente. La tensión predominaba en la fría habitación. Pero mientras todos agacharon las cabezas, Markus esbozaba una lenta y relajada sonrisa.

—Me parece que su comentario está fuera de lugar. No hay razón para que el gobierno desconfíe, ¿o sí? — comentó este último con total indiferencia.

—¡Claro que no! ¡Qué ridiculez! —gritó el joven brujo, algo irritado—. Además, ¿dónde están sus identificaciones, Eh? No se supone que deberían mostrárnoslas como lo indica su propio reglamento ético, ¿dónde está su tan preciada marca de cazador?

Markus no se dejó llevar por las palabras del enajenado muchacho, no se conmovió en lo más mínimo. Se quedó allí mirándolo con tal serenidad que puso de nervios al joven aprendiz, quien al sentir aquella inquietante incomodidad de la que era preso, desvió torpemente la mirada.

—Bueno, si eso los tranquiliza de algún modo —dijo Markus con voz suave; luego metió su mano dentro del abrigo y lentamente sacó lo que indudablemente resultaría ser una identificación; o más bien, una auténtica Licencia de Agente Demonólogo.

Todos los brujos dirigieron su atención al demonólogo en cuestión.

—Ahí la tienen, la pueden revisar si gustan —declaró el agente, alzando el documento hasta que éste quedara a la vista de los presentes—. ¿Por qué no viene y la examina más de cerca? así terminamos con esta horrible pérdida de tiempo, joven brujo.

—Ah, vamos, por favor —intervino el anciano intentando suavizar la situación—. No es momento para desconfiar entre nosotros. No ahora. Andrus, mi joven e imprudente nieto, sabes que el gobierno tiene plena libertad de llevarse el objeto si así lo estima conveniente. No es de nuestra propiedad.

—¡No hay duda de ello! Su licencia es legítima —afirmó otro brujo, que se había acercado a Markus para verificar la identificación—. Acepte nuestras más sinceras disculpas, señor Salamanska. Lamento la poca educación de mi sobrino.

—No hay problema. Fue mi culpa no haberme presentado correctamente. Espero que no haya más interrupciones innecesarias, el tiempo corre en nuestra contra —musitó Markus al tiempo que guardaba la licencia dentro del abrigo.

—«A mi no me engaña su cara de buen hombre. Algo tiene ése sujeto y también los otros dos encapuchados, su sola presencia me produce escalofríos» —pensó para sus adentros el joven brujo sonriéndole al cazador con ironía.

—Bien, entonces comprenderán la urgencia de su traslado. Debe concretarse esta misma noche —repuso el agente en tono taciturno. De pronto, hubo un extraño silencio que ni la intensa fuerza del viento y la lluvia torrencial pudo perturbar. Nadie había notado siquiera que en el exterior las tierras eran azotadas por un sobrecogedor temporal; pero fue

entonces que el impacto de un trueno finalmente acabó por imponer presencia. El resplandor dejado por el rayo se reflejó como un siniestro grito sordo que cubrió hasta el último rincón de la habitación.

El anciano brujo asintió, no había mucho más que alegar, no se puede ir en contra de los decretos gubernamentales, una orden es ley.

Inmediatamente uno de los sequitos que estaba más próximo a la entrada salió discretamente del salón. El resto de los miembros, por otra parte, permanecían mudos y con sus miradas perdidas en cualquier parte. El anciano se paseaba por la habitación, nervioso, mientras que Markus le seguía el paso con la mirada. Segundos más tarde, el viejo brujo se detuvo en seco. El hombre había vuelto; entró con la cabeza inclinada, los brazos extendidos y sobre sus manos traía algo envuelto en una sedosa manta roja completamente sellada, la cual sostenía con tanta delicadeza que parecía levitar. El brujo no dejaba de temblar.

—Mi señor, me aseguré de añadir un poco de protección adicional, es un largo viaje hasta la capital y no está demás prevenir —argumentó el anciano en tono afable.

—Claro, no esperaba menos, como siempre es un acierto de su parte

—concedió Markus con un gesto de agradecimiento.

Los ojos del agente se entornaron sin pudor, se estremeció por un instante y sus manos se apretaron con locura debajo de las mangas del abrigo. Quedó inmóvil contemplando la perfecta envoltura roja mientras que una esquiva sonrisa aparecía dibujada en su rostro.

El oscuro poder encerrado allí dentro semejaba una perturbadora atracción sobrenatural para quien no tuviese la suficiente fuerza espiritual para repeler tal tentadora invitación.

—¿Mi señor? —dijo el anciano. Los otros brujos observaban tímidamente; ninguno de ellos se atrevía a acercarse más.

—Oh, lo siento, me entretuve por un momento —el agente restregó sus ojos un poco y continuó—: ¡Perfecto! La reliquia quedará a disposición del gobierno imperial de ahora en adelante. Le agradezco su tiempo y cooperación.

El anciano hizo una reverencia y el agente le correspondió, mientras recibía de manos del otro brujo el artefacto sellado en la tela roja.

—Mi señor, ya es hora —susurró la mujer encapuchada.

—Lo sé. No te preocupes —le respondió Markus en tono sereno, resguardando inmediatamente el extraño objeto bajo el manto protector de su abrigo.

Por un segundo, se sintió una abrumadora presencia demoníaca que desgarró el corazón de los más débiles. No obstante, el acusado ruido de la tormenta disimuló todo rastro de malignidad.

—Creo que no será un viaje muy agradable con semejante aguacero

—comentó el anciano, sonriendo torpemente.

—Quizá sea un presagio, una señal de desgracia sobre nuestras tierras

—musitó un brujo, asustado. El resto de asistentes asintieron en señal de apoyo, después de todo, aquel valioso objeto ha sido buscado por cientos de años por toda clase de demonios y espectros, y durante esa misma cantidad de tiempo se había conservado a salvo en la Mansión; al menos

hasta ese día.

Los tres agentes se encaminaron con lentitud hacia el umbral; la puerta se había abierto para ellos, mientras que el anciano observaba con pesadumbre como se alejaban con el objeto maldito, algunos se pusieron notoriamente más aliviados y unos cuantos miraban con desconfianza, preocupados por la repentina decisión del Gobierno Espiritual.

No obstante, ninguno de ellos, ni siquiera el más viejo y fuerte de los brujos allí presentes pudo vaticinar lo que sucedería. Un rayo volvió a descender con ferocidad como si éste hubiese caído sobre el techo de la Mansión Valverde. Sin embargo, nadie notó que los agentes no habían abandonado la habitación. A continuación, el tipo pelirrojo, Markus, se volvió a mirar al anciano que parecía ligeramente desconcertado y le habló con fingida amabilidad:

—Ah... ¡Por cierto! —Todos los brujos, sin excepción, miraron al agente con aprensión—. El Emperador quería entregarles un presente en reconocimiento a la ardua labor que ha desempeñado su comunidad todos estos años y, pues pensé en otorgarles algo muy significativo y especial.

—¿Mi señor? No era necesario que el gobierno se tomara ese tipo de molestia —terció el anciano con un toque de ingenuidad.

—Créame, no es ninguna molestia para nosotros... es nuestro trabajo y será un placer...

Hubo un segundo de silencio, y luego le siguió el destello de otro rayo ensordecedor que aceleró al instante las palpitaciones de los brujos. Pero para entonces ya era demasiado tarde. La puerta se cerró de golpe y le siguió un coro de desgarradores gritos que resonaron por toda la mansión.

¡DEMONIOS! ¡DEMONIOS!

Los alaridos de horror y desesperación de los brujos llegaron a oídos del duende que en ese momento se encontraba en la planta baja ordenando un montón de libros en una estantería. Una sola palabra bastó para hacerlo saltar de un brinco y de inmediato presintió el peligro. Dejó tirados los libros y sin dudarlo echó a correr, aunque con mucha dificultad debido a su pierna coja. La habitación de lectura no estaba muy lejos de la entrada principal, por lo que no le tomó mucho tiempo llegar hasta allí. El instinto asesino de los demonios parecía tocarle el corazón y cuando por fin los gritos cesaron, entonces comprendió que ahora irían tras él; se apresuró en salir, apuntó con su bastón a la puerta y esta se abrió con lentitud. En el exterior, el viento, la lluvia y la oscuridad se interponían en su camino como un formidable muro que lo separaba de su libertad.

—¡No moriré! —exclamó el duende, de modo que se aferró a su bastón y se adentró en la tempestad.

La torrencial lluvia golpeaba con fuerza el rostro de la criatura que luchaba por avanzar, cojeando y con el corazón latiendo descontroladamente. No se rindió, tenía que llegar al puente para poder escapar y poner en aviso a la comunidad demonológica de lo sucedido. Iba cojeando por la mitad del camino cuando fue derribado por un golpe de viento que lo tomó por la espalda y lo hizo caer de rodillas en un charco lodoso.

—¡No! no moriré aquí. El puente, tengo que llegar al puente...

Trabajosamente el duende se puso de pie apoyado en su bastón y avanzó unos cuantos pasos más, con dificultad pudo llegar hasta el primer álamo del sendero, vio esperanzado la salida ante sus ojos y, a la vez también vio su deceso. Con la respiración entrecortada el duende contempló la silueta de un demonio al final del sendero, no dudó, aquella criatura oscura no era un simple ser diabólico; había algo aún más retorcido y abominable debajo de toda esa mal fingida humanidad. El duende no tenía salvación, la lluvia caía por su rostro como llanto desconsolado. Nadie llegaría a salvarlo.

Estaban aislados del mundo exterior, no había modo de que él pudiera contactar a los demonólogos desde el interior, su magia no era lo suficientemente poderosa.

—¡No! todavía está esa horrible criatura... —pensó como última opción. El demonio avanzó con lentitud hacia su presa. El duende, en cambio, alzó su mirada con aire desafiante, haciendo desaparecer todo rastro de miedo. El demonio se detuvo en seco y sin más comenzó a reír a carcajadas, burlándose de la pequeña criatura. En ese instante el duende golpeó dos veces el suelo enlodado con su bastón y se quedó allí con la frente en alto, enfrentando a la muerte con valor. El demonio dejó de reír y enseguida pasó a saborear su victoria. Dio un paso, luego otro más largo y cuando finalmente se decidió abalanzarse sobre el pequeño duende, una sombra amenazante se movió sigilosamente detrás de él, quien no percibió su presencia en un principio hasta el momento en que una voz potente se oyó venir desde lo más alto de la mansión.

—¡Skalov! La Kimera... ¡idiota!

Pero las fauces de la bestia ya estaban sobre el demonio para cuando este se giró a mirar. El duende esbozó una angustiada sonrisa la cual rápidamente mudó en un prolongado gemido de dolor. La mujer encapuchada lo había tomado por el cuello. Las filosas garras de ella se ensartaban en la delicada piel de la pequeña criatura, mientras forcejeaba y pataleaba en un penoso intento por zafarse.

Markus, como se hacía llamar el demonio pelirrojo, traía sobre su hombro el cuerpo moribundo del anciano brujo. El hombre balbuceaba y sufría una serie de espasmos, pero a Markus no le interesaba el sufrimiento del brujo y sencillamente lo arrojó a un lado, en el frío y húmedo suelo con la furia de los elementos azotando con indiferencia el maltratado cuerpo del anciano.

—Tú... vil... criatura..., no... conseguirás... el... sello —masculló débilmente el anciano, ahogándose con las gotas de lluvia que se le colaban por la boca.

—¡Cierra el pico! —bramó Markus—. No te he pedido que hables. El duende pateaba y manoteaba la mano de la mujer demonio, cuyas garras le atravesaban la garganta con sanguinario deleite.

—Eres tan débil y patético, duende —se oyó la fría voz de Markus, quien se acercó a presenciar el sufrimiento agónico de la criatura—. Ni siquiera vale la pena esforzarse —el duende que apenas si podía respirar, miró con desprecio al demonio, mientras este tenía su cara a unos cuantos centímetros de la suya esbozando una escalofriante sonrisa.

La pequeña criatura, en su último aliento de vida, lo maldijo y le lanzó un escupitajo de sangre. El bello rostro de Markus se quemó al instante; se echó hacia atrás, asqueado, y se cubrió de inmediato con las manos. El sisear y crepitar de su carne siendo quemada despedía un intenso aroma a sangre podrida.

—¿Maldecirme? ¿A mí? Precisamente a mí... sucio ser inferior —gruñó el demonio con fiereza, contemplando el cuerpo tieso del duende en el fango. Sus largos y delicados dedos eclipsaban su repulsivo semblante, tambaleó por un momento buscando contenerse y luego de que la lluvia le limpiara la inmundicia del rostro, volvió en sí.

—Skalov... ¡Skalov! ¿Dónde está cuando lo necesito? —se quejó Markus, exponiendo el rostro a la lluvia. La piel quemada se le regeneraba con dolorosa lentitud.

—Tal vez la Kimera se comió su cuerpo —arguyó la mujer demonio conteniendo una risa burlona.

De pronto, un feroz rugido vino desde las sombras y, segundos después, apareció el demonio llamado Skalov, completamente ensangrentado, con pedazos de piel desgarrados y sin su brazo izquierdo. No obstante, traía a rastras el cuerpo sin vida de la bestia que lo había atacado.

—Mi señor, lo siento... mi cuerpo se arruinó —sollozó.

—Deberías aprender a no jugar con la comida, Skalov, o esta terminará por devorarte —espetó el demonio pelirrojo con sorna.

Skalov asintió en silencio, bajó la mirada y se quedó al lado del cadáver del duende. Pensando, si tal vez alguno de ellos se lo comería.

—¡Estúpido! Siempre haces lo mismo —lo recriminó la mujer demonio entre dientes—. Ahora tendrás que conseguir un reemplazo.

En el suelo y cubierto por la lluvia y el barro; el anciano brujo seguía consciente, escuchando todo y lamentándose. Sin embargo, su muerte no sería en vano; tenía plena fe en que ninguno de esos seres malignos conseguiría destruir el sello, pensaba él en su delirio, aferrándose a esa única convicción como un irónico triunfo antes de morir. Las fuerzas empezaban a abandonarlo, sentía el llamado de Nuruk. No se resistiría. Pero en ese preciso minuto en que se había entregado a la muerte, su cuerpo fue sacudido con brutalidad, y una chispa de vitalidad volvió a él.

—Ahora pon atención, viejo brujo, te daré la oportunidad de elegir —dijo lentamente Markus con un tono de serenidad forzado—. Me puedes contar por voluntad propia como liberar el sello o lo hará tu inerte cuerpo flagelado. Tú decides.

El anciano miró a su asesino, le sonrió y dijo:

—Aún si muero... no podrás... encontrarlo.

Un rayo volvió a destellar sobre la pequeña isla y la fugaz luz iluminó el iracundo rostro del demonio. Por un instante se pudo apreciar el halo de luna hendir la oscuridad de las nubes y en las lejanías se oyó un llanto, un retorcido sollozo que no era más que el balar de un chivo llorándole a la luna.

—... Bien, no esperaba que resistieras tanto —espetó Markus—. Skalov, ya tienes un reemplazo.

—¿Qué? pero si es un vejestorio —farfulló el demonio, echándole un

vistazo al demacrado cuerpo.

—¡Sí! —le respondió el otro demonio con seriedad—. Pero primero necesito que interrogues al cadáver, debo averiguar qué trucos han usado esta vez para sellarlo.

—Mi señor, hay que largarnos de aquí —terció la mujer—. Este lugar no es seguro, es posible que la agencia demonológica ya se haya enterado del incidente en el templo...

—¡Silencio! Lo sé perfectamente, Anastasia —bramó el demonio, irritado. Hay que ganar tiempo, el máximo posible hasta que consigamos descifrar el sortilegio impuesto para proteger la reliquia.

—Sí, mi señor.

Los chivos lloraban en las lejanías, el viento y la lluvia azotaban con dramatismo la Mansión de los Brujos de Valverde. Este fue el primer indicio de lo todo que acontecería más tarde; la nación se hundiría irreparablemente en oscuridad y podredumbre. Los tres asesinos se colocaron sus capuchas haciendo una satírica reverencia en honor a los sacrificados. El fuego comenzó a arder y los demonios huyeron del lugar en medio de las despiadadas llamas mientras que estas consumían hasta el último vestigio de la vil masacre.